



LA TRÁGICA ODISEA DE LOS GIRODINOS



Cuando vencidos en su lucha contra la Montaña los girondinos vieron en peligro sus cabezas, siete de los principales, después de mil penalidades, fueron clandestinamente a refugiarse en su tierra de la Gironda, creyendo encontrar en ella amigos y asilo, ignorando que allí también imperaba ya el Terror. Eran Guadet, presidente que había sido de la Convención; el bollero Buzot, amado de Mme. Roland; Barbaroux, Louvet, Pétion, Valady y Salle, que hasta entonces habían sido ídolos y orgullo de la revolución francesa.

Corriendo inmensos peligros, ocultándose de día en bosques, barrancos y marismas, y caminando de noche, hallaron al fin el amparo de una mujer heroica, Mme. Bouquay, criada de Guadet, que vivía en Saint-Emilion.

Enterrados vivos

En el jardín de su casa, que todavía existe, se ve un pozo cuadrado de 30 metros de profundidad, en cuyas paredes interiores hay en la piedra agujeros muy a propósito para ir poniendo los pies y poder descender a aquella horrible profundidad. Es un camino peligroso, por lo resbaladizo, pero un camino que conduce a un magnífico escondite.

Todo el subsuelo de Saint-Emilion está cruzado por inmensas galerías, que se dividen en pisos. Mme. Bouquay poseía una de estas cuevas, que daba acceso a otra galería más profunda, adonde podía llegarse dejándose deslizar por un agujero cerrado por una tabla. En esta fosa ocultó Madame Bouquay a sus huéspedes.

Los tormentos que allí debieron pasar los siete fugitivos, sin poder hablar en voz alta, sin poder ver la luz del día, verdaderos enterrados en vida, no son para describirlos. Habían permanecido allí un mes, cuando Mme. Bouquay bajó a verlos llorando. Sus padres, su propio marido, la obligaban a que dejara de continuar jugándose la cabeza por ocultar a los girondinos.

Aquella misma noche hubo que reanudar la fuga. Buzot, Barbaroux y Pétion tiraron por un lado. Valady se dirigió a casa de un paciente, donde esperaba hallar refugio y donde sólo encontró la muerte. Guadet, Salle y Louvet pasaron el día siguiente en una cueva de las afueras, esperando la noche para ir a casa de una señora a quien Guadet había salvado de un proceso que comprometía su honor. Cien veces, aquella le había ofrecido pagarle tan gran servicio tan pronto como lo fuera posible.

La casa despiadada

Hacía un tiempo horrible; llovía sin cesar, y el camino estaba convertido en un pantano. A las cuatro de la madrugada, rendidos de fatiga y empapados en agua, llamaban a la puerta de la casa que creían su refugio.

Un criado, de parte de la señora, salió a decirles que no podían ser recibidos.

La lluvia cae con más fuerza que antes; la ropa de los tres girondinos chorrea agua por todas partes. Louvet sucumbe a la fatiga y cae sin conocimiento; sus compañeros tratan de mantenerlo derecho, apoyándolo contra un árbol; pero no se puede tener, y es preciso dejarle echado en tierra, o por mejor decir, en el agua. Guadet llama de nuevo a la casa.

—¡En nombre del cielo! —suplica una habitación y un poco de fuego sólo por dos horas; uno de mis amigos se ha puesto malo.

Aquella súplica obtuvo la misma respuesta que la anterior.

Y la casa que ellos juzgaban hospitalaria, se cierra definitivamente.

Ocho meses en un cuchitril

Louvet, algo repuesto, decidió separarse de sus compañeros. Estos vuelven a tomar el camino de Saint-Emilion. La casa del padre de Guadet no estaba ya vigilada. Salle y Guadet metieronse en ella durante la noche y buscaron un nuevo escondite; era éste un rincón bajo el ángulo de un te-

jado, apenas de un metro de alto en su parte más elevada. No pudiendo ponerse de pie ni sentarse, los dos proscritos veíanse obligados a permanecer tendidos, sin recibir otra luz que la que penetraba por los intersticios de las tejas. Nada menos que ocho meses pasaron aquellos infelices sufriendo tormentos espantosos de calor o de frío.

Barbaroux, Pétion y Bazot regresaron a casa de Mme. Bouquay. Esta los volvió a recibir, mas como su familia

la vigilaba de cerca, les buscó mejor escondite.

En el centro mismo de la población, y en una esquina de una calle que hoy lleva el nombre de Guadet, había una barbería. El barbero ocupaba solamente el piso bajo, y la habitación de encima, compuesta de una sola pieza, estaba abandonada y llena de trastos viejos, sin que las ventanas se abrieran jamás. En este cuchitril se albergaron Pétion, Buzot y Barbaroux al comenzar el año 1794.

Cazados con perros

Entretanto, se creía a los girondinos refugiados en las galerías subterráneas. En un pueblecillo cerca de Saint-Emilion vivía un carnicero llamado Francisco Marcón, que criaba perros de presa y los amestraba para la lucha; su jauría era célebre y temida en todo el país. Este hombre se comprometió a encontrar a los fugitivos.

Un día, Saint-Emilion despertó bloqueado por un batallón. Todas las puertas, la casa Guadet y las salidas de los subterráneos estaban perfectamente guardadas. Los perros de Marcón fueron desatados y metidos en los subterráneos, de donde se esperaba ver salir a los girondinos como conejos perseguidos por el herón. Pero no salió nadie. Marcón, corrido por el éxito, registró con sus perros toda la casa de los Guadet, desde el subterráneo hasta el tejado, y debajo de éste, en su reducido rincón, fueron desenterrados Guadet y Salle. Los dos compañeros, Mme. Bouquay y toda la familia de los Guadet, incluyendo a una infeliz doméstica jorobada, salieron poco después de Saint-Emilion en una carreta.

La triste comitiva pasó junto a la casa donde se ocultaban Buzot, Pétion y Barbaroux. Los tres proscriptos, por las rendijas de las ventanas, vieron desfilar el cortejo que conducía a la muerte a sus últimos amigos.

Aquella misma noche, no bien se hubo restablecido la calma en Saint-Emilion, Pétion y sus dos compañeros abandonaban la ciudad. No sabían hacia dónde dirigirse. La frontera más próxima era la de España; pero en todos los caminos, en todos los puentes, había guardias que pedían el pasaporte a los viandantes.

El tambor fatal

Era ya de mañana cuando se detuvieron los tres en un campo de trigo, a la sombra de algunos árboles, para desayunarse. Los meses los ocultaban suficientemente; pero en aquel momento, algunos voluntarios que se dirigían a Burdeos, pasaron por la carretera próxima. Al frente iba un tambor, que por capricho empezó a redoblar. Los proscriptos se creyeron perseguidos. Pétion y Buzot, levantándose rápidamente, ganaron en cuatro saltos un bosquecillo cercano, donde desaparecieron. Barbaroux, sumamente obeso, no pudo seguir a sus compañeros, y acaso desesperado por aquella vida de sobresaltos, sacó una pistola, y aplicándosela al oído derecho, hace fuego.

Los soldados y los campesinos rodean al herido, sin atreverse a socorrerle. El miedo al cadalso era tan grande, que todo sospechoso inspiraba horror. Barbaroux, que en otro tiempo, con ademanes galantes, había sido ídolo de los salones y de las bellas, ya está ahora retorciéndose sobre el barro y la sangre, rodeado de cien curiosos que no se atrevían a prestarle el menor socorro.

A las tres llegaron por fin las autoridades del pueblo más próximo, y

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. J. M. Blanco Spangenberg

Del hospital Alvear

Venéreo - sifiliticas

De 3 a 6 p. m.

U. T. 1770, Av. 25 de Mayo, 597.

Dr. JUAN E. CARULLA

Médico del Hospital Alvear

Atiende especialmente

enfermedades internas

Rivadavia 764, 1.er piso

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.

UNION TELEF. 2717. Av.

Dr. A. R. ZAMBRINI

Prof. Suplente de la F. de Medicina

Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque

TUCUMAN 531 de 2 a 4

Menos los Miércoles

Dr. Eloy A. Escobar Bario

Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club

LAS HERAS 1877

Consultas de 3 a 5 p. m.

Unión Telef. 5728, Juncal

Dr. JORGE I. DEL PIANO

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hospital San Roque.

Asistente a la clínica del profesor Sebileau (París).

Consultas: de 2 a 4 p. m.

Libertad 1375 U. T. 6857, Juncal

BUENOS AIRES

Alberto T. Barragán

Dentista cirujano

De 14 a 18 Sáenz Peña 216

SE VEIA

